

ESPECTÁCULOS ROMANOS IMPERIALES EN LAS FUENTES HISTÓRICAS

IMPERIAL ROMAN SHOWS IN THE HISTORICAL SOURCES

David Mendoza Álvarez (luckyman76@hotmail.com)

Universidad de Sevilla. Grupo de investigación RNM 162 de la ETSA.

Fecha envío: 10/11/2017

Fecha aceptación: 08/01/2018

Resumen: Mostramos una investigación que revisa las fuentes históricas que tratan los espectáculos durante época imperial romana, poniéndola en relación con los edificios que se construyeron para ellos, tales como circos, teatros o anfiteatros principalmente, marcando los actores de los juegos, la devoción de algunos emperadores en estos espectáculos y los tipos de actividades desarrolladas. Para ello, mencionaremos el origen de los juegos como una tradición heredada de griegos a etruscos y de éstos a los romanos, en contextos funerarios originariamente para después establecerse como una herramienta de control de masas. Los griegos consideraban algunos espectáculos excesivamente violentos, como los gladiatorios, aunque se han localizado anfiteatros o teatros acondicionados a estos espectáculos en las provincias orientales. Los etruscos llegaron a ofrecer combates tanto de ciudadanos libres como de esclavos, en los que se estructuraban los espectáculos que ya Roma adaptaría y moldearía a sus necesidades propagandísticas. De esta forma fue necesaria la construcción de recintos acondicionados para unas determinadas actividades lúdicas, en los que muchos emperadores mostraron simpatía por unos u otros para desarrollar sus espectáculos.

Palabras Clave: Espectáculos romanos, historiografía, historia, juegos, deportes.

Abstract: We show an investigation that reviews the historical sources that deal with the shows during Roman imperial times, putting it in relation to the buildings that were built for them, such as circuses, theatres or amphitheatres mainly, marking the actors of the games, the devotion of some emperors in these shows and the types of activities developed. To this end, we will mention the origin of the games as a tradition inherited from Greeks to Etruscans and from these to the Romans, in funerary contexts originally to later establish itself as a tool of mass control. The Greeks considered some shows to be excessively violent, such as gladiatoria, although amphitheatres or theatres adapted to these shows have been located in the eastern provinces. The Etruscans came to offer battles of both free and slave citizens, structuring the spectacles that Rome would already adapt and shape to their propaganda needs. In this way, it was necessary to build enclosures equipped for certain recreational activities, in which many emperors showed sympathy for each other to develop their shows.

Keyword: Roman spectacles, historiography, history, games, sports.



1.- Introducción

El tema que nos concierne y presentamos en esta investigación, se muestra sumamente interesante al pretender tratar los espectáculos romanos mediante la recopilación de las fuentes bibliográficas. De esta manera, mostramos un estado de la cuestión que recoge el origen de los espectáculos, pues recientemente se realizan representaciones históricas por diversos enclaves peninsulares, aprovechando la existencia y puesta en valor de teatros y anfiteatros en los que se disponen los juegos con una gran precisión. Gracias a ellos, somos capaces de contemplar la escenografía que los envuelve, armamentos para las luchas, atuendos para las representaciones escénicas y actividades deportivas.

De esta manera, pretendemos señalar, enumerar o describir como el objetivo general los espectáculos romanos de época imperial romana en este artículo. No obstante establecemos unos objetivos específicos más precisos que consisten en determinar el origen de los juegos adaptados por Roma; revisar las fuentes grecolatinas que tratan de los distintos tipos de espectáculos así como mencionar la predilección de algunos emperadores sobre unos u otros juegos con el fin de controlar a las masas y servir de herramienta política (Arredondo, 2008: 266); describir a los actores de estos juegos y la tipología de los mismos; y finalmente, señalar el final de la gladiatura.

Todo ello puesto en relación con el contexto en el que se dieron, pues hemos de contemplar que estos espectáculos se originaron en Grecia, lugar en el que se configuró el deporte técnico y no violento denominado *agón* (Arredondo, 2008: 265-266), pues los griegos llegaron a considerar a las luchas gladiatorias como actividades violentas, hecho que no les impidió construir anfiteatros o adaptar teatros con el fin de realizar estos eventos. Mediante la aculturación griega, el mundo etrusco adoptó y modificó el deporte griego, incorporándolos en contextos funerarios donde se realizaban danzas, carreras, duelos y luchas tanto de hombres libres como de esclavos. Con el dominio romano del Mediterráneo, estas actividades que también comenzaron a realizarse en contextos funerarios, se extendieron a modo de ocio para formar parte de la vida cotidiana, llegándose a ofrecer juegos en los foros romanos (Livio, XXVIII, 21), lo que motivó la creación de espacios acondicionados a cada tipo de espectáculos con la finalidad de mantener la seguridad en los mismos, hecho que no ofrecían los foros. De esta manera, se construyeron anfiteatros (que literalmente significa unión de dos teatros por su *scaenae*) en madera en una primera etapa, aunque llegaron a protagonizar serias catástrofes como incendios o derrumbes por el peso de los espectadores, por lo que se decidió establecer una arquitectura en piedra en una segunda fase, y por lo general, en el exterior de las ciudades al igual que los circos y *naumachiae* (recintos acondicionados para la realización de combates navales). No obstante, los teatros siguieron siendo construidos, por lo general, en el interior del *pomerio* pues en ellos no se ofrecían espectáculos violentos o con animales que requiriesen medidas de seguridad extraordinarias, sino representaciones escénicas en un primer momento, aunque posteriormente se incorporaron luchas en sus actividades. De esta forma, se configura una serie de edificios embellecidos monumentalmente, para acoger las diversas actividades tales como cacerías, exhibiciones de animales, carreras de carros o de caballos, representaciones escénicas, combates marinos y luchas gladiatorias.

2.- Orígenes de los espectáculos

De sobra es conocido que el precedente de los espectáculos lo encontramos en el mundo griego (Arredondo, 2008: 265) a través de las competiciones atléticas y luchas, siendo modificado y configurado por el mundo etrusco que lo adaptó para los contextos funerarios, pasando esta tradición a Roma posteriormente (Fabié, 1892: 392; Blázquez, 1994: 31; 2006: 14-18; Garrido 2000: 56; Ceballos y Ceballos, 2003: 57-58; Gómez Pantoja, 2006: 169; Ceballos, 2007b: 107; Santos Yanguas, 2008: 188), quienes además de otorgarle un carácter funerario en los primeros momentos de su adopción, los utilizaron como herramienta política y religiosa de control de masas (Ceballos, 2007a: 442; Santos Yanguas, 2008: 183-184; Martín Escorza, 2008: 186), llegándose a establecer que al pueblo sólo le preocupaba comer y divertirse a través de la amplia gama de espectáculos que eran ofrecidos en los distintos tipos de edificios que se fueron configurando para ello (Cabrero y Cordente, 2011: 363). Juvenal (*Poesías*, X, 75) nos comentó este hecho para evitar que el pueblo cometiese disturbios, en la



forma denominada “pan y circo”, recogido por los Escritores de la Historia Augusta (SHA, *Vit. Probo*, XIX) y por Dion Casio (*Hist. Rom.*, LVI, 10), de igual manera que Frontón (*Princip. Hist.*, V, 11) se refería al lanzamiento de comida al pueblo durante los espectáculos (Garzón, 1981: 119; Ceballos, 2007a: 437; Santos Yanguas, 2008: 207; Naselli, 2010: 15).

Sin embargo, las luchas estaban presentes desde los mismos comienzos de las civilizaciones, localizándose enfrentamientos cuerpo a cuerpo en relieves como los localizados en Cerrillo Blanco, Porcuna (Jaén) datado en el siglo V a.C. En yacimientos ibéricos existen cerámicas griegas con representaciones atléticas entre los siglos VI-III a.C. En Roma, en cambio, el atletismo quedó relevado por espectáculos más violentos (Ceballos y Ceballos, 2009: 58-61), en el que encontramos los *ludi circensis*, *munera* y *ludi scaenis* como los más habituales dados en los tres tipos de edificios, circo, teatro y anfiteatro, que sólo las ciudades más destacadas pudieron contar con ellos (Garrido, 2000: 52; Pereira, 2005: 397; Cabrero y Cordente, 2011: 364).

No obstante, hemos de destacar que los griegos consideraron los espectáculos gladiatorios demasiados violentos por lo que prefirieron otros tipos de competiciones, juegos, carreras y luchas menos agresivas. A pesar de ello, se tiene constancia de representaciones en relieves de combates gladiatorios localizados en las provincias asiáticas de Roma, concepción que estaba en contra del ideal griego (Blázquez, 2006: 15), así como la adaptación de algunos teatros griegos para la realización de luchas gladiatorias. El origen de los espectáculos lo marcamos en un contexto funerario, donde en un primer instante se realizaron luchas para homenajear al difunto, siendo el momento para saldar rencillas particulares en los enfrentamientos gratuitos y de carácter voluntario, ofreciéndose duelos, luchas, pugilato, carrera de carros, desfiles de jinetes, danzas o juegos atléticos (Garrido, 2000: 56; García-Gelabert y Blázquez, 2005: 394-398; Gómez Pantoja, 2006: 169; Ceballos, 2007a: 437; Santos Yanguas, 2008: 188). Así, poco a poco, las competiciones atléticas quedaron relegadas a un segundo plano en Roma, frente a los espectáculos más violentos (Ceballos y Ceballos, 2009: 61).

En los rituales funerarios de tradición etrusca, se ofrecían combates en los que participaban tanto ciudadanos libres como prisioneros o esclavos, además de carreras de carros, desfiles de jinetes y se realizaban cacerías, como hemos comentado (García-Gelabert y Blázquez, 2005: 398). Todo ello estaba envuelto en una órbita ideológica y religiosa (Garrido, 2000: 56; Santos Yanguas, 2008: 186).

Algunos de estos juegos los encontramos ya en el siglo III a.C. organizados por Junio Bruto en memoria de su padre, en el 264 a.C. donde se realizaron combates en el foro Boario durante el 264 a.C., al igual que se tiene constancia los realizados en el foro por Marco Emilio Lépidio en el 216 a.C. o los que realizó Escipión en el 206 a.C. en *Carthago Noua* para honrar la memoria de su padre y tío muertos en el contexto de la II Guerra Púnica (Livio, XXVIII, 21), los organizados por Valerio Levino en el 200 a.C. y los que se ofrecieron en su honor en el 183 a.C. (Fabié, 1892: 392; García Naranjo, 1951: 15; Blázquez, 1994: 31; 2006: 26; Ceballos, 2007b: 107), reflejados ellos en Tito Livio como acabamos de ver. En el 105 a.C. se tiene constancia que los cónsules P. Rutilio Rufo y C. Manlio organizaron con carácter oficial unos juegos gladiatorios, y se sabe de otros muchos realizados con objeto de celebraciones religiosas como los del funeral de Viriato en el 139 (Apiano, *Iber.*, 75; Diodoro, XXXIII, 21), donde lucharon 200 parejas de gladiadores (Blázquez, 1994: 32) o los del propio César que en el 65 a.C. ofreció una lucha donde participaron unas 320 parejas de gladiadores (García Naranjo, 1951: 15; Garrido, 2000: 51; Blázquez, 2002: 67; Gómez Pantoja, 2006: 167-168; Ceballos, 2007a: 438; Cabrero y Cordente, 2011: 369). Tito Livio también relató el funeral organizado por Aníbal (XXV, 17, 4) que tendría lugar entre los años 214 y 212 a.C. en el contexto de la II Guerra Púnica, destacando las danzas indígenas peninsulares, músicos y jinetes (García-Gelabert y Blázquez, 2005: 393-401).





Fig. 1.- Fragmento de un mosaico con imágenes de gladiadores (Blanco Freijeiro, 1950: 131).

3.- ¿Quiénes eran los actores de estos eventos?

En un primer momento, estos juegos no eran protagonizados únicamente por esclavos, sino que se constatan participaciones de ciudadanos libres, soldados o personas que querían demostrar su valentía o zanjar disputas, como los relatados para las luchas realizadas por Escipión. Posteriormente el abanico de competidores fue más amplio, pues se daban luchas completamente a muerte para los condenados a esta pena, sin opción de salvación, condenas *ad gladium* que si podían alcanzar la libertad si vencían o ejecuciones con una variedad de formas originales y crueles, reflejadas fundamentalmente en las ejecuciones de cristianos como relató Apuleyo (*Metamorfosis*, X, 14) (Santos Yanguas, 2008: 187-198).

El rasgo común de estas actividades lúdicas fueron las ceremonias religiosas, culto al emperador una vez implantada tal figura, y conmemoraciones a determinadas fiestas a través la administración romana (Pereira, 2005: 414-419; Santos Yanguas, 2008: 185-186; Cabrero y Cordente, 2011: 365; González Acuña, 2011: 473). Un ejemplo de esto lo contemplamos en el ritual denominado *consualia* en honor al dios Conso (Garrido, 2000: 60), el día 20 del mes de agosto (Dion Casio, *Hal.*, I, 33; II, 31; Plutarco *Rom.*, 14; Tertuliano, *De espect.*, V, 8). Otros estaban consagrados a las festividades de Ceres, Adonis, Hermes, Fortuna o Apolo. La superstición estaba muy presente en los juegos gladiatorios como nos indica Tertuliano (*De espect.*, IV, 4; XII, 2-3). Las fiestas *saturnalias* eran aprovechadas para la realización de los juegos anfiteatrales (Garrido, 2000: 77; Jiménez Sánchez, 2003: 113). Los encargados de realizar estos juegos fueron los sacerdotes imperiales, los flamines, pues ofrecían sacrificios en honor de la salud del emperador y de su familia a través de estos eventos, denotando la evidente connotación religiosa. La *lex ursonensis* (CIL II, 5349=ILS, 6089) determinó la obligación de los *duunviri* y *aedili* de realizar durante el año de su magistratura, al menos, un juego consagrado a la Triada Capitolina en el caso de los primeros y a Venus en el de los segundos (Garrido, 2000: 67). De la misma forma, aunque no en el ámbito religioso, los evergetas podían costear estos juegos (Garrido, 2000: 53-54; Jiménez Sánchez, 2009-2010: 275-283).

Todo ello estaba envuelto en una parafernalia que abarcaba desde la seguridad que se ofrecía en los espectáculos mediante presencia de soldados, hasta los artesanos que

disponían los escenarios, además de libertos, esclavos, los propios competidores, gladiadores, sus tratadores o lanistas, editores u organizadores de espectáculos y apuestas, los domesticadores de animales o médicos (Blázquez, 1987: 154; Cabrero y Cordente, 2011: 367), que actuaban en un submundo paralelo a los espectáculos ofrecidos en la arena (Séneca, *Epis.*, LXXX, 111.7; Juvenal, *Sat.*, IV, 121-123). Los Escritores de la *Historia Augusta* nos hablan de prostitutas que acudían a estos espectáculos, aunque se debía tener en cuenta que las mujeres estaban separadas de los hombres en los anfiteatros para evitar lo que se consideraba como vicios de la muchedumbre (SHA, *Elag.*, 23,6 y 32,9). De la misma forma, Séneca consideró perjudicial la asistencia de mujeres a tales espectáculos (Séneca, *Epis.*, VII, 2), pues se entendían como lugares de infidelidades (Naselli, 2010: 9).

Muchos anfiteatros llegaron a ser considerados *Loca Sacra* ya que no faltaban en ellos los espacios de culto, como el caso de *Italica* (Santiponce, Sevilla) donde encontramos un *Nemeseium* en la galería principal de la puerta Triunfal (Garrido, 2000: 78; Ceballos, 2007a: 437). Debemos tener en cuenta que el hecho de acudir a un espectáculo lúdico se encuadraba dentro de las obligaciones sociales que los habitantes debían realizar (Rodríguez Gutiérrez, 2010: 67).

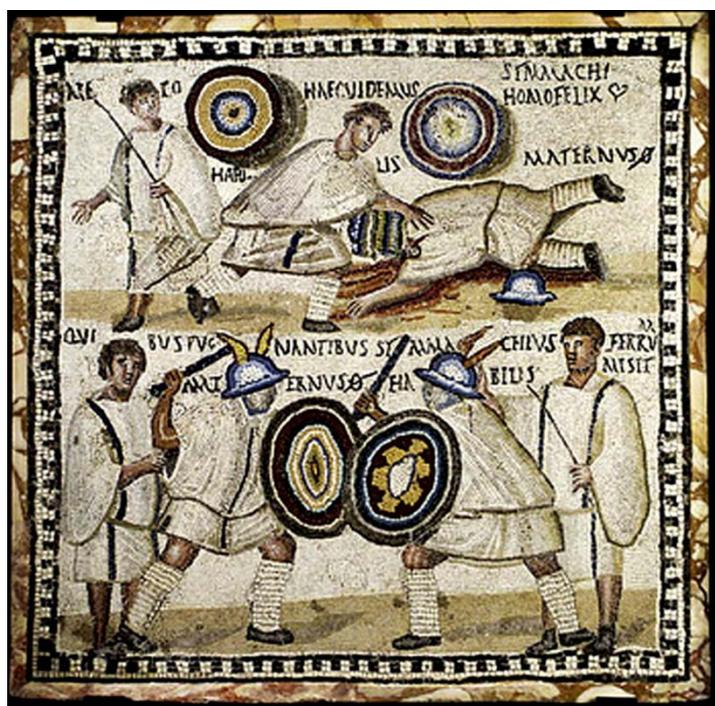


Fig. 2.- Mosaico de lucha gladiatoria (Blanco Freijeiro, 1950: 131).

4.- Tipología de los espectáculos

Luchas, combates navales, cacerías o representaciones atléticas se daban en los edificios más singulares (Garrido, 2000: 52) que tratamos en esta investigación. Por ello, traemos a colación algunos aspectos relacionados con las *venationi*, *naumachia*, *ludi scaenis* y *munera*.

4.1.- Las cacerías

En primer lugar, las *venationes* fueron muy populares en Roma y por lo general celebradas en los anfiteatros en los que se establecían una escenografía espectacular junto a rituales religiosos en honor de los dioses o difuntos, así como de los emperadores, perviviendo al menos hasta el siglo VII a pesar de la prohibición de la realización de combates gladiatorios (García Naranjo, 1951: 18; Blázquez, 1974: 91; Cabrero y Cordente, 2011: 371). Habitualmente, se trataban de cacerías aunque otras veces se exponían animales exóticos (Séneca, *Epis.*, LXXXV, 41) o se les hacía luchar entre ellos, además de que muchos

condenados fueron echados a las bestias como un tipo de condena denominada *damnatio ad bestia*, hecho que pasó a ser la forma habitual en la que se ejecutaban a los cristianos para mostrar un cruel y sangriento espectáculo (García Naranjo, 1951: 22; López Monteagudo, 1991: 248-251; Santos Yanguas, 2008: 193; Cabrero y Cordente, 2011: 371). Tácito (*Anales* XV, 44) nos comentó el martirio de los cristianos en sus así como en otras obras tales como “*Agrícola; Germania; o Diálogo sobre oradores*”. Justino (*Diálogo con Tifón*, 110) describió las formas de martirios que sufrieron los cristianos. Otros textos cristianos relataron los martirios de las santas Perpetua y Felicidad, las actas del martirio de Fructuoso, Augurio y Eulogio, o las actas proconsulares de San Cipriano (I, 3) que comentó que en tiempos de los emperadores Valeriano y Galieno castigaron con la muerte a quienes se negaran a adorar los ritos romanos (Santos Yanguas, 2008: 210-212; Naselli, 2010: 15).

Los animales llegaban desde distintas partes del continente africano por lo general. Según las fuentes clásicas, como los Escritores de la *Historia Augusta* (SHA, *Vit. Probo*, XXIII, 5), nos indicaron que algunos emperadores como Probo, llegaron a decorar las arenas del anfiteatro con plataformas que emulaban cerros donde se colocaron árboles y arbustos para realizar una cacería espectacular (Blázquez, 1974: 93-94; 1987: 154).

Se cree que las *venationes* donde intervenían toros han sido el origen de nuestros espectáculos taurinos. Al parecer, se atraían a los toros con trapos rojos y se le daba muerte con lanzas o espadas cortas, en incluso arcos. También se les solían enfrentar a osos y otros animales como se representan en determinados mosaicos datados de tiempo de Adriano (Blázquez, 1962: 49-50; 1987: 149-151). Para enfurecer y cansar a los animales se colgaban maniqués o pieles antes de que actuasen los *bestiarius*. La primera vez que se tiene constancia de este tipo de eventos es en el año 186 a.C. gracias a *Fulvio Nobilior* que ofreció una gran cacería de leones y panteras, hecho recogido por Tito Livio (XXXIX, 22, 1-3).

Al respecto se cuenta con una imagen anónima de la Maestranza de Sevilla en 1733 donde se representa una corrida de toros. Sabemos que algunos anfiteatros fueron aprovechados para realizar las plazas de toros, muchas de ellas activas en la actualidad, como en Nimes el cual presenta en pie gran parte de su estructura anfiteatral, o en Écija, conservado a nivel de la cimentación, sobre los cuales se ha erigido la plaza de toros. En *Hispalis* se desconoce la ubicación del anfiteatro, aunque si atendemos a esta representación anónima, vemos que en el centro de la misma aparece una persona desde un agujero en la arena, hecho a tener en cuenta si entendemos que el posible anfiteatro de Sevilla pudo estar vinculado a este lugar, y sus cimientos y parte de su estructura, como la fosa bestiaría, podrían haber sido reaprovechados. Las continuas reformas de la misma plaza desde que fue construida hacen que sea imposible reconocer materialmente algún resto de la cimentación del posible anfiteatro, por el momento, a falta de alguna intervención que esclarezca esta cuestión. Sin embargo, nos basamos en el relato del ajusticiamiento de las mártires Justa y Rufina y sobre todo en esta imagen citada, para aludir a la existencia de un anfiteatro en esta zona de Sevilla, muy cerca del núcleo romano que por el momento se reconoce.



Fig. 3.- Ilustración anónima de 1733

(<http://www.purezayemocion.com/noticia/1953/historia/historia-de-la-construccion-de-la-plaza-de-la-real-maestranza-de-caballeria-de-sevilla.html>).



Generalmente, mediante rampas y mecanismos elevadores, las fieras saltaban a la arena desde el *foso bestiario* (Séneca, *Epis.*, LXXXIII, 7), hecho que contemplamos en el mismo foso de *Italica* gracias a las huellas que nos han dejado las jaulas, contabilizando un total de ocho, además de la disposición de huecos que se localizan en las paredes, unos destinados a la ubicación de vigas de madera con las que podían conformar dos niveles de altura y las rampas, y otros para el drenaje. Los textos hablan de máquinas que se elevaban desde la arena de los anfiteatros, con espectáculos de fuegos, impulsados por esclavos (Juvenal, *Sat.*, IV, 121-123), por lo que pensamos que estos agujeros podrían haber formado parte del mecanismo de rampas en el anfiteatro italicense.

4.2.- Combates navales

En muchos anfiteatros nunca se realizaron *naumachias* o combates navales, ya que acondicionaron edificios especiales para ello. Estos espectáculos consistían en acondicionar un espacio cerrado para llenarlo de agua y recrear combates épicos navales en los que los participantes eran condenados a muerte, y por lo tanto, el fin de todo era la muerte de ellos (García Naranjo, 1951: 20; Cabrero y Cordente, 2011: 372). Se construyeron lagos artificiales exclusivamente para estos fines, como el que César realizó en el 46 a.C. en el Campo de Marte (Suetonio, *Caes.*, XXXIX). No obstante, en algunos anfiteatros se constata que se dieron este tipo de espectáculo (Suetonio, *Caes.*, XLIX, 44-49; Marcial, *Epigr.*, XXVI, 28), como en el gran anfiteatro Flavio o Coliseo.

4.3.- Representaciones teatrales

En los teatros se dieron los *ludi scaeni* también con connotaciones religiosas como nos indicó Dion Casio (XXXVIII, 38), aunque marcado por los días festivos tales como los *ludi Palatini* en Enero; *ludi Megalenses*, *ludi Ceriales* y *ludi Floreales* en Abril; *ludi Apollinares* en Julio; *ludi Romani* en Septiembre; *ludi Plebei* en Noviembre; *ludi Dedicatori* consagrados con ocasión de la inauguración de alguna obra pública; *ludi Votivi* los realizados por alguna promesa en particular; o los *ludi Triumphales* dedicados a las victorias militares, entre otros (Cabrero y Cordente, 2011: 372-373). Sin embargo, debemos tener en cuenta que los actores eran considerados socialmente inferiores pues eran actuaciones realizadas generalmente por esclavos, libertos o mujeres, y solían tener un carácter provocador o sátiro por lo que en más de una ocasión fueron sancionados (Cabrero y Cordente, 2011: 375). En muchos anfiteatros se dieron representaciones teatrales con acróbatas y bufones (Naselli, 2010: 7), así como pantomimas también realizados por condenados a muertes en los que al final de cada actuación se les inmolaba gracias a los trajes especiales para que prendiesen rápido, lo que originaban antorchas humanas como eran descritas (Blázquez, 1974: 96-97; Santos Yanguas, 2008: 197), aunque no todas las pantomimas acababan con la muerte de los condenados.

4.4.- Espectáculos en los anfiteatros

Con el apogeo de las luchas gladiatorias y otros tipos de espectáculos, como las cacerías, fue necesario no sólo el acondicionamiento de los espacios donde comenzaron a realizarse como en los foros (Livio, XXVIII, 21), sino la construcción de nuevos edificios con mayor capacidad y seguridad donde ofrecer estos juegos. De esta forma, se pensó en modificar, además, la configuración geométrica para ofrecer una buena visibilidad desde todos los ángulos, pasándose de un espacio cuadrangular o rectangular a otro elíptico u oval (García Naranjo, 1951: 8; Wilson, 1993: 391-392).

En el Campo de Marte se construyó un gran anfiteatro de la mano de Cayo Statilio Tauro, en época augustea, que fue destruido en el incendio en tiempos de Nerón. Previamente en el 53 a.C. se había construido un sistema que permitía girar dos teatros de madera levantados sobre mecanismos adecuados por Cayo Curio Escriboniano, para enfrentar sus *scaenae*, donde se realizaban los espectáculos, originándose de esta forma el significado de la palabra anfiteatro (Cabrero y Cordente, 2011: 369). Con el tiempo estos edificios se construyeron en piedra para que soportasen a un número grande de espectadores y evitase tragedias como el desplome de las gradas de madera por no poder soportar el peso de gran



número de espectadores. Gracias a un entramado de arcos y bóvedas en piedra y cemento, fue posible la construcción en altura de estos edificios (Santos Yanguas, 2008: 188).

En estos nuevos edificios podían darse juegos gladiatorios o *munus, venationi* y exhibiciones de animales, carreras de caballos, ejecuciones, con pantomimas y decoraciones teatrales o danzas lacedemónicas (SHA., *Hadr.*, VII, 12), como hemos referido anteriormente (Luigli, 1962: 36; Golvín y Landers, 1990: 25; Ceballos y Ceballos, 2003: 57; Garrido, 2005: 162; Blázquez, 2006: 24; Santos Yanguas, 2008: 192; Naselli, 2010: 15; Pasqualini, Thernot y García, 2010: 31; Cabrero y Cordente, 2011: 364). En algunos edificios se realizaron *naumachiae*, aunque no eran habituales pues para ello se realizaron edificios acondicionados a tal efecto (Suetonio, *Caes.*, 39 y 44; Marcial, *Epigr.*, 26 y 28), teniendo constancia de ello las fuentes grecolatinas (Dion Casio, LXVI, 25; LXXI, 17.4-8; 19.1-2; 20.1-2; 21; Herodiano, I, 15.1-7; Marcial, *De Spect.*, 21.7-8; Suetonio, *Titus*, 7). Los espectáculos de los anfiteatros se podían dividir en tres sesiones a lo largo del día, siendo los primeros los denominados *Ludi Matutini* donde tenían lugar las *Venationes* (Garrido, 2005: 162), los *Ludi Meridiale*, momento en el que se realizaban las ejecuciones (Marcial, *Epig.*, XIII, 93) al medio día, momento en el que se repartía comida entre los espectadores, siendo diversas las maneras en las que se planificaban estos ajusticiamientos, pudiendo establecerse luchas gladiatorias para ello, aunque tan sólo por la vestimenta se les podía considerar gladiadores, pues la finalidad de este entretenimiento es la ejecución de los reos, incluso del que se mantuviese en pie tras la lucha y los combates gladiatorios como tal, iniciados a comienzos de la tarde (Garrido, 2005: 183). Con Domiciano se llegó a realizar cacerías nocturnas (Naselli, 2010: 4).

Debido a la multitud de espectáculos ofrecidos, y a la gran confluencia de espectadores, los anfiteatros eran lugares donde se daban frecuentes disturbios, pues las rencillas particulares entre municipios eran aprovechadas para disputarse en las gradas de estos edificios, teniendo el mejor ejemplo documentado de ello en Pompeya en el 59 d.C. donde debido a los disturbios con los vecinos de Nocera que habían acudido a la celebración de unos juegos realizados en el anfiteatro pompeyano, el Senado se implicó en establecer unas medidas para corregir estos actos, dictaminando el cierre del anfiteatro durante diez años, lo que implicó posteriormente una distribución por sectores en las gradas del anfiteatro de las distintas clases sociales que acudían a los mismos (Cabrero y Cordente, 2011: 369). Planteamos estos disturbios a modo de hipótesis para la elaboración de un cuerpo intermedio en los anfiteatros que conformase una barrera física entre los espectadores, como el detectado en Nimes, Cagliari, Coliseo o en la nueva restitución realizada para el anfiteatro de Itálica (Mendoza, 2017: 438-443). Sin embargo, el acto de acudir a un edificio lúdico se encuadraba dentro de las obligaciones sociales de los habitantes de la ciudad (Rodríguez Gutiérrez, 2010: 76). La regulación de estos espectáculos debía establecerse, así mismo, mediante una serie de normas y rituales (SHA, *Alej. Severo*, XLIV).

Por la valentía de los gladiadores en los combates, eran tratados de la mejor forma posible (Naselli, 2010: 12), obteniendo privilegios y dinero (Juvenal, *Sat.*, VII, 216-217), y realizándoseles las mejores curas y preparaciones de los siguientes enfrentamientos como representantes de la “*élite competitiva*”, frente a otros gladiadores de menor rango que sí morían (García Naranjo, 1951: 19). Esto no quiere decir que no murieran aquellos considerados mejores luchadores, sino que, según la gravedad de sus heridas, si no podían ser sanados, se les daba una muerte en la arena (Santos Yanguas, 2008: 195).

La jerarquización social romana se apreciaba de forma evidente en la distribución de los espacios en los distintos edificios lúdicos (Plácido, 2002-2003: 13). Se sabe de luchas femeninas en tiempos de Nerón (Blázquez 2006: 23) y anfiteatros decorados soberbiamente para emular un bosque en una cacería (García Naranjo, 1951: 21). Los condenados a muerte eran obligados a representar pantomimas donde al final debían morir en la hoguera en uno más de los muchos espectáculos para entretener a las masas (Blázquez, 2006: 24; Pina Polo, 2007: 143), junto a los espectáculos de fuego que se ofrecían al entrar en la arena (Josefo, *De Bello Jud.*, VII) y con diversos mecanismos que se elevaban desde el foso bestiaro (Gali, 1892: 42).

A pesar de todo, los anfiteatros se convirtieron en todo un símbolo para la sociedad romana. En ellos interactuaban distintos elementos desde los ritos, liturgias y religión hasta el culto al emperador propiamente dicho en una marcada estratificación social (García Naranjo, 1951: 8; Gros, 1994: 13; Garrido, 2005: 156-160; Gros y Torelli, 2007: 258). Debemos incidir en la composición idílica de un anfiteatro. Estaban compuestos de una arena que por lo general



presentaba un *foso bestiario* desde donde ascendía la escenografía de los espectáculos o algunos animales, mediante un complejo sistema de elevadores, pudiendo contemplar el ejemplo mejor conocido en el anfiteatro Flavio en el que se ha podido reconstruir dicho sistema. Esta arena estaba rodeada por un elevado *podium* con el fin de evitar el salto de los animales y ofrecer un mejor ángulo de visión de los espectáculos. Tras él se erigían las gradas separadas por *praecintio* y en algunos casos por un cuerpo intermedio de dimensiones similares al *podium*, presentado como una barrera física para evitar la mezcla de clases sociales. Esta *cauea* se dividía también en función a la estratigrafía social, en *ima*, *media* y *summae cauea*, terminando por lo general en un *porticus in summae cauea* donde podían existir algunas filas de gradas más, o para aquellos edificios menores, este espacio final lo determinaba una pequeña terraza. Cada grada estaba dividida mediante *cunei* y pequeñas escaleras para distribuir a los espectadores. El interior de las gradas estaba compuesto por galerías abovedadas en la mayoría de los casos, aunque podemos contemplar edificios con las *cáveas* excavadas en la roca para reaprovechar material. La mayoría de estas galerías internas permitían el acceso del público a las gradas a través de los *uomitoria*. Distintos tipos de escaleras, bien directas o bien mediante plataformas escalonadas, comunicaban los distintos niveles, los cuales podían poseer estancias con funcionalidad distinta, tales como capillas, sala de descanso para magistrados, estancias del cuerpo de armas o *carceres*, aunque se construyen en los niveles inferiores de forma general como lo localizamos en el anfiteatro de *Italica* en tanto en los extremos del eje menor como en los del mayor, donde al menos se ha identificado un *Nemeseium*. El último remate lo compondría el *velamen* (García Naranjo, 1951: 9-12; Maiuri, 1955: 21-25; Golvin y Landes, 1990: 47; Gros, 1994: 14; Álvarez Martínez y Nogales, 1994: 267; Almagro y Almagro-Gorbea, 1994: 147; Dupré, 1994: 84; Pérez Ballester, San Martín y Berrocal, 1994: 95; Sánchez Real, 1997: 14; Fernández, 1998: 20-21; Beltrán Fortes y Rodríguez Hidalgo, 2004: 23; Hernández Ramírez, 2006: 14-18).

De esta forma, los anfiteatros fueron considerados como las construcciones más emblemáticas de los romanos, simbolizadas por su gran habilidad en ingeniería y arquitectura práctica y funcional, con tendencia a la monumentalidad, donde fueron utilizadas los principios de Vitrubio para una correcta armonía y el uso de distintos materiales resistentes para tal fin, desde la piedra y el hormigón, hasta el complemento que la madera daba para las estructuras superiores, así como el gran ingenio en lo que a decoración se refiere (Chisvert, 1987: 291; Roldán, 1987: 112-114; 1990: 244; 1993: 88-103; 1994: 213-215; Fernández, 1988: 239; Golvin, 1988: 201; Wilson, 1993: 391; Rodá, 1997: 166; Huerta, 2004: 4; 2005: 74; Hidalgo, 2008: 54; Albuerno, 2009: 28; Pizzo, 2010: 147).

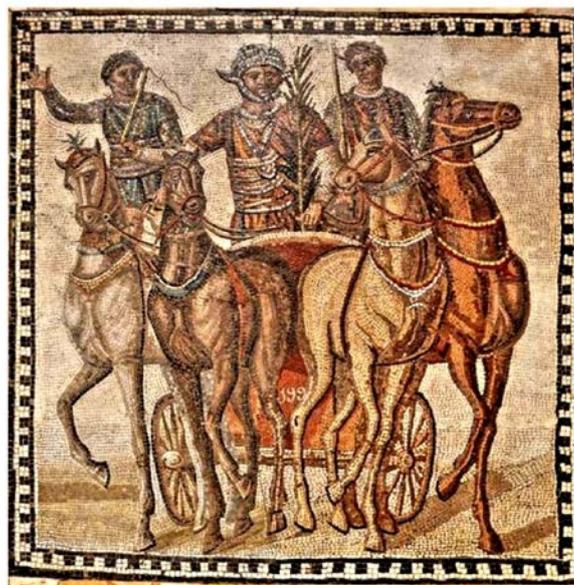


Fig. 4.- Mosaico con cuadriga (Blanco Freijeiro, 1950: 135)

4.5.- Tipos de luchadores en los anfiteatros: los gladiadores

Respecto a la tipología de los gladiadores, tenemos constancia tanto de representaciones como de epígrafes, donde señalaremos brevemente algunos tipos tales como el *retiario*¹; *secutor*² o *contra retiarius*; *mirmillo*³; *traex*⁴; *Hoplomaco*⁵; *Provocator*⁶; *Eques*⁷ o Caballero; *Paegniarius*⁸; *Sagitario*⁹; *Dimachareus*¹⁰; o *Esedario*¹¹; llegándose a dar el caso en el que las mujeres también lucharon en la arena de los anfiteatros como reflejó Juvenal (*Sat.*, VI, 252) y Suetonio (*Domiciano*, 4), en tiempos de Nerón (Gómez Pantoja, 2006: 172; Naselli, 2010: 3; Cabrero y Cordente, 2011: 371). Se comentó de ellas que se les vestía y armaba de forma que dejaban un pecho al descubierto (Juvenal, *Sat.* I, 22; Marcial, *de Esp.*, 8), por lo que intentaban imitar a las míticas amazonas (Naselli, 2010: 6).

Se conocen más de cien epígrafes en *Hispania* relacionados con actos anfiteatrales, conmemoraciones, editores, y otros aspectos, siendo la mayoría procedente de *Corduba*, *Gades* y *Emerita Augusta*, aunque en *Italica* se cuenta únicamente con la tabla de bronce (CIL II, 6278=ILS, 5163) determinado para los años 176 y 178 (Garrido, 2000: 65; Gómez Pantoja, 2006: 170-171; Santos Yanguas, 2008: 189). Otras alusiones a los gladiadores en *Italica* lo podemos encontrar en las placas con huellas de pies colocadas en el *Nemeseium* de la galería principal este, interpretadas como posibles ofrendas de los gladiadores para encomendarse a Némesis en la advocación como diosa del castigo y la venganza (Bendala, 1973: 263; Gil y Luzón, 1975: 117; Beltrán Fortes y Atencia, 1996: 175; Olovarría, 2004: 163; Keay y Rodríguez Hidalgo, 2010: 50; Rogerio y Criado, 2010: 203).



Fig. 5.- Gladiadores representados en un mosaico (Blanco Freijeiro, 1950: 131).

¹ Armado con red, tridente, puñal y con un protector para el brazo izquierdo denominado *Galerus*.

² Solía ser el adversario natural del *Retiario* e iba armado con espada corta, casco liso, escudo rectangular y grande, y protecciones para el brazo o *manica* y pierna derecha o *greba*.

³ Solía luchar con espada, casco adornado con un pez, escudo grande, *manica* en brazo derecho y *greba* en pierna izquierda.

⁴ Armado con una espada curva denominada *sica*, casco rematado con un grifo, escudo pequeño, *grebas* altas y *manica* en brazo derecho.

⁵ Llevaba lanza y puñal, casco de viseras adornado con plumas, *grebas* altas, *manica* y escudo.

⁶ Luchaba con espada, casco, escudo rectangular grande con la efigie de Gorgona, *grebas* y *manica* en brazo derecho.

⁷ Combatía a caballo por lo que llevaba la espada larga, casco, escudo redondo y *grebas*.

⁸ Solía estar armado con un bastón curvo por un extremo denominado *pedum*, y llevaba casco abierto y túnica.

⁹ Estaba armado únicamente con arco y flechas.

¹⁰ Luchaba tan sólo con dos cuchillos.

¹¹ Su forma de luchar era sobre un carro o *essedas*.

5.- ¿Qué emperadores destacaron en la historiografía de los espectáculos?

Muchos emperadores mostraron una especial devoción por la realización de estos eventos (Naselli, 2010: 7). Destacaron Tito (Suetonio, *Tito*, 7), Domiciano (Suetonio, *Domiciano*, 4), Calígula o Cómodo, entre otros (Santos Yanguas, 2008: 190). En tiempos de Trajano se tiene constancia que, para celebrar su victoria contra los Dacios, organizó una gran cacería recogido por Dion Casio (LXVIII, 15) en Roma (Cabrero y Cordente, 2011: 371-372). En cambio, el emperador Juliano II no era muy devoto de los espectáculos, los que consideraba monótonos (Jiménez Sánchez, 2003: 110).

Los emperadores estaban implicados en el ofrecimiento de espectáculos, pues les servía para mantener distraído al pueblo, en un tipo de edificio que había costado mucho y por lo tanto, debía ser utilizado, o no tendría el fin por el que se había erigido, ni continuidad como lo tuvo, justificándose de esta forma los más de cuatrocientos edificios localizados en todo el dominio imperial. Suetonio (*Vida de Tiberio*, 7) relató que Tiberio realizó un combate en honor a su abuelo en los que se les ofrecía 100.000 sestercios a los gladiadores retirados (Santos Yanguas, 2008: 207). Así mismo, la Vida de los doce césares de Suetonio (4-5) donde comentó que organizó unos costosos juegos en anfiteatros y circos. Cicerón (*Tusculanas*, II, 20.46) describió el desprecio por el dolor y la muerte tanto de los competidores como de los espectadores con sed de sangre (Naselli, 2010: 15; Santos Yanguas, 2008: 207-208), de la misma forma que aludió a la organización de unos juegos realizados en Gades y costeados por el propio C. Balbus en 43 a.C. (Cicerón, *Ad familiares*, X, 32) donde destacaba las connotaciones fúnebres y religiosas de los mismos (Ceballos, 2007a: 438).

Augusto tomó medida para regular el elevado coste de estos espectáculos mientras que Nerón prohibió que los gobernantes provinciales organizaran espectáculos a costa del erario público. Aun así, en el siglo I d.C. los espectáculos elevaron su coste en las provincias. Sin embargo, la Tabla de Bronce de *Italica* regulaba el coste de estos espectáculos (Fabié, 1892: 387-391; Ceballos, 2007b: 109-115). Muchos juegos fueron organizados y costeados por evergetas (Jiménez Sánchez, 2009-2010: 283).

Sobre la predilección de Trajano por los juegos anfiteatrales así como la distribución de alimentos entre los espectadores, Dion Casio nos dejó sus relatos en su Historia Romana (LVI, 10), como forma evidente de control de masas y culto imperial. Plinio el Joven en su Panegírico a Trajano también relató este desprecio a la muerte, de la misma forma que los Escritores de la *Historia Augusta* (SHA) en el que se detallaban los espectáculos circenses (SHA, *Vero*, 6), se regulaban los espectáculos mediante normas (SHA, *Alej. Sev.*, 44) o se limitaban a describir los espectáculos anfiteatrales (SHA, *Probo*, 19), así como las grandes cacerías que se llegaron a realizar (Santos Yanguas, 2008: 208-210).

Adriano tuvo gran predilección por la caza, la equitación y el lanzamiento de *pilum*, practicando la política de “*pan y circo*” (SHA, *Hadr.*, II, 1; VII, 12; XIX, 2; XXVI, 2-3), realizando numerosas cacerías. De la misma forma apreciaba las representaciones teatrales (SHA, *Hadr.*, XIX, 6) ofreciendo espectáculos folklóricos como las danzas lacedemonias (SHA, *Hadr.*, VII, 12; XIX, 7-8) y por supuesto los combates gladiatorios (Garzón, 1981: 119-120; Santos Yanguas, 2008: 209-210).

Su sucesor, Antonino Pío también destacó por ofrecer cacerías (Plinio, *Nat. Hist.*, VIII, 45, 107; SHA, *Pius.*, X, 9), en las que exhibió animales exóticos. Marco Aurelio realizó una gran cacería de leones (SHA, *Marc.*, XVII, 7) mientras que Lucio Vero era muy aficionado a la lucha de gladiadores y carreras de carros (SHA, *Vero*, III, 6; IV, 8-9) realizándose estas últimas en los circos. Cómodo, sin embargo, llegó a estar obsesionado por las luchas gladiatorias (SHA, *Comm.*, III, 4; V, 5) siendo un acto impropio para un emperador por lo que fue mal visto por ello, pues llegó a salir a la arena en combates y cacerías (SHA, *Comm.*, XII, 10; X, 12), por lo general todas amañadas (Garzón, 1981: 120-122).

Respecto a la afición a las luchas gladiatorias en los anfiteatros y a las carreras de carros en los circos, tenemos constancia de las realizadas por Lucio Vero (SHA, *Vero*, III, 6; IV, 8-9), además de la obsesión de Cómodo por estos combates gladiatorios (Garzón, 1981: 122) y sus salidas a la arena en luchas y cacerías amañadas (SHA, *Comm.*, III, 4; V, 5; X, 12; XII, 10). Septimio Severo pretendía acostumar a sus ejércitos a ver y oler sangre en tiempos de paz, mediante la celebración de juegos gladiatorios (SHA, *Sev.*, III, 5; XIV, 11), tradición que



continuó Albino en los anfiteatros, foros y teatros (SHA, *Cl. Alb.*, VI, 7). Macrino solía salir a la arena y en su vida, condenó a muchos esclavos a morir luchando (SHA, *Macr.*, IV, 5; XII, 10). De la misma forma, un gran aficionado a los combates gladiatorios fue Heliogábalo (SHA, *Heliog.*, XIV, 5; XXIII, 1). Alejandro Severo tomó la decisión de elegir juegos deportivos en las palestras y nataciones en las termas, además de conmemorar su victoria contra los persas mediante competiciones atléticas en honor de Alejandro Magno (SHA, *Alej. Sev.*, XXX, 4; XXXV, 4; XXXVII, 1; XLII, 1; LVII, 1, 6), aunque no concedió ningún privilegio a los gladiadores, aurigas o actores (Garzón, 1981: 125). Maximino, en cambio, era aficionado tanto al deporte como a los juegos militares (SHA, *Max.*, II, 3-7). Gordiano I realizó combates gladiatorios, cacerías, carreras de carros y representaciones teatrales (Garzón, 1981: 125), ofrecidos en los anfiteatros (SHA, *Gord.*, II, 3; III, 5-8; IV, 3-6). De la misma forma que realizó Septimio Severo, los emperadores Máximo y Balbino ofrecieron combates para estimular a sus tropas (SHA, *Max-Balb.*, VIII, 4). La obsesión de Galieno con los juegos circenses, le llevó a determinar que los brazos y puños de los púgiles debían estar reforzados con tiras de cuero enrolladas, reforzando los puños con puntas metálicas (SHA, *Gall.*, IX, 1). Aureliano ofreció competiciones circenses, representaciones teatrales, naumaquias, cacerías y combates gladiatorios en los anfiteatros (SHA, *Aurel.*, IV, 1; XII, 1; XXXIV, 6). Finalmente, bajo Caro, Carino y Nemeriano, se acompañó con música los espectáculos de ingenio y acrobacia (SHA, *Car.*, XIX, 1-2), además de continuar con las actividades violentas en los anfiteatros (Garzón, 1981: 131).

Septimio Severo, antes de ocupar la más alta magistratura, ofreció juegos en su papel de evergeta en Roma (SHA, *Sev.*, III, 5), adoptando la costumbre de ofrecer espectáculos gladiatorios para sus ejércitos (SHA, *Sev.*, XIV, 11) con el fin de acostumbrarlos a ver sangre para desensibilizarlos en las batallas. Esta costumbre la adoptó Albino (SHA, *Cl. Alb.*, VI, 7) ofreciendo juegos gladiatorios en anfiteatros, foros y teatros donde vemos como ejemplo, la utilización de otros espacios y edificios públicos para este tipo de espectáculo, momento en el que muchos teatros griegos fueron adaptados para ello. De la misma forma que lo hiciera Cómodo, Macrino también salió a luchar en la arena (SHA, *Macr.*, IV, 5; XII, 10), condenando a muchos esclavos a morir luchando en la misma, lo que le ocasionó una visión negativa de su imagen. Sin embargo, Heliogábalo fue también un gran aficionado a los combates gladiatorios, aunque nunca bajó a luchar en la arena (SHA, *Heliog.*, XIV, 5; XXIII, 1), pero sí obligó a determinados personajes a realizar actos extravagantes. Su sucesor, Alejandro Severo, prefirió dedicarse al deporte practicado en las palestras (SHA, *Alej. Sev.*, XXX, 4; XLII, 1), realizando nataciones en las termas donde se relacionaba con el propio pueblo, lo que le otorgaba una buena imagen para su figura imperial, realizando grandes juegos (SHA, *Alej. Sev.*, LVII, 1, 6) para conmemorar su victoria contra los persas, y competiciones atléticas en honor a Alejandro Magno (SHA, *Alej. Sev.*, XXXV, 4; XXXVII, 1) aunque no concedió privilegios a ningún gladiador, auriga o actor (Garzón, 1981: 123-125).

El gran emperador corpulento Maximino también era muy devoto por el deporte (SHA, *Max.*, II, 3-7), llegando a extenderse la voz que antes de ser emperador venció a 16 hombres en unos juegos militares. En cambio, Gordiano I acaparó gran riqueza ofreciendo espectáculos masivos de combates gladiatorios y cacerías (SHA, *Gord.*, II, 3; III, 5-8; IV, 3-6) además de carreras de carros y representaciones teatrales, consagrando los combates de gladiadores a la diosa *Juventas*, protectora de la juventud y a *Spes*, diosa de la esperanza, (Garzón, 1981: 125) ambas muy relacionadas con el mundo del anfiteatro.

Filipo el Árabe, con ocasión de celebrar el milenio de Roma, ofreció múltiples juegos y los emperadores Máximo y Balbino retomaron la tradición de ofrecer los combates para estimular a sus tropas (SHA, *Max.-Balb.*, VIII, 4), de la misma forma que ya lo hiciera Septimio Severo. Galieno llegó a obsesionarse con los juegos circenses (SHA, *Gall.*, XIV, 5) por lo que fue acusado de intentar corromper al pueblo. Fue este emperador quien determinó que los brazos y los puños de los púgiles debían estar reforzados con tiras de cueros enrolladas (SHA, *Gall.*, IX, 1), aunque reforzando los puños con puntas metálicas para causar mayores heridas. Aureliano ofreció competiciones circenses a costa del erario público (SHA, *Aurel.*, IV, 1; XII, 1; XXXIV, 6), destacando en el lanzamiento de jabalina como Adriano además de ofrecer representaciones teatrales, naumaquias, cacerías y combates de gladiadores en los anfiteatros. Sin embargo, otros emperadores se distanciaron de las actividades violentas como Caro, Carino y Nemeriano (SHA, *Car.*, XIX, 1-2) destacando la innovación de incluirse con Caro, música en los espectáculos para hacerlos más entretenidos, pues se tornaron en juegos de habilidad, ingenio y acrobacias (Garzón, 1981: 126-131).



El caso de Juliano II fue inusual pues a pesar de no gustarle los espectáculos, debía acudir a ellos para presidirlos. Las fuentes recogen que odiaban los espectáculos del circo (Jiménez Sánchez, 2003: 111), mientras que los munera gladiatoria les parecía “tristes pero necesarios” porque se ofrecían en determinadas festividades y destinados al culto de Saturno (Jiménez Sánchez, 2003: 114). Sobre las representaciones escénicas las consideraba sacrílegas pues mancillaba el culto de dios (Jiménez Sánchez, 2003: 111-115).

6.- El final de la gladiatura

Aún en el siglo IV existía gladiatura en *Hispania* (Jiménez Sánchez, 2009-2010: 275), aunque bajo Constantino, en el 325 se prohibieron los espectáculos gladiatorios reflejado en el Código Teodosiano (XV, 12.1), por influencia cristiana (Teja, 1994: 69; Blázquez, 1994: 71-77; Ceballos, 2007a: 443; Santos Yanguas, 2008: 190-191), hecho que no impidió que siguieran disfrutándose hasta el siglo V, pues Honorio tuvo que decretar nuevamente la prohibición de tales combates como indicó Prudencio (*In Symmachum* II, 1121), por ser considerada una actividad impropia y sangrienta, aunque el resto de actividades tales como cacerías y ejecuciones siguieron llevándose a cabo (García Naranjo, 1951: 17). La condena denominada *damnatio ad bestia* era habitual para los mártires cristianos (Blázquez, 1987: 152), pero Constantino modificó dicha sentencia *ad gladium* por la *damnati ad metalla*, en la que la pena consistía en los trabajos forzados en las minas (Santos Yanguas, 2008: 197). Aun así, a principios del siglo VI se tiene constancia de espectáculos en *Caesaraugusta* como ejemplo de un caso peninsular (*Chronica Caesaraugustana*, 222) donde se dieron evidentemente actividades violentas (Ceballos, 2007a: 438).

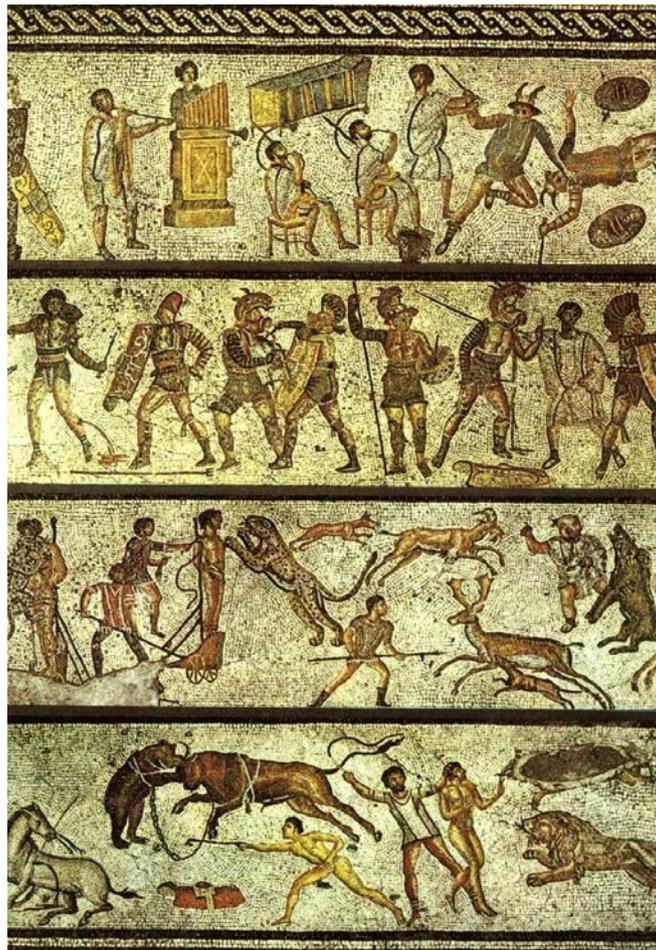


Fig. 6.- Mosaico de Zliten, en Libia, con representaciones de luchas, ejecuciones, cacerías y músicos (https://en.wikipedia.org/wiki/Zliten_mosaic).

El cristianismo heredó del judaísmo las creencias de que las actividades físicas eran inmorales, considerando manifestaciones relacionadas con Satán (Arredondo, 2008: 266-267). Por ello, algunas fuentes cristianas desde el siglo II hasta el V intentaron desprestigiar los juegos, considerando que el teatro era obsceno, el circo producía locura y desenfreno en los espectadores, y los anfiteatros presentaba una excesiva violencia pública (Arredondo, 2008: 277). Muchos anfiteatros fueron destruidos entre finales del siglo III y comienzos del IV. Se estima que los de *Segobriga* y *Carmo* fuesen abandonados en este período. Los de *Conimbriga*, *Emerita Augusta* o *Bobadela* fueron abandonados entre los siglos IV y V. No obstante, siguieron existiendo actividades en los anfiteatros, relacionadas con las cacerías aún en el siglo VII como reflejaba el propio Concilio de Ervigio en el 681 (Ceballos, 2007a: 444; Jiménez Sánchez, 2009-2010: 281-282), lo que pudo justificar el mantenimiento de determinados edificios anfiteatrales a pesar del expolio de materiales ornamentales que pudieron ir sufriendo progresivamente.

7.- Conclusiones

Como hemos podido observar en esta revisión de fuentes bibliográficas sobre los espectáculos romanos, hemos analizado el precedente de los espectáculos adoptados por Roma y citados por las fuentes grecolatinas. Somos conscientes de la descripción y recopilación historiográfica que hemos realizado, con el fin de ilustrar al lector en la realización de esos espectáculos. Por ello, el artículo se muestra meramente descriptivo con el fin de determinar los tipos de espectáculos; sus actores; los emperadores que mostraban más devoción en los juegos; y el anfiteatro como el edificio lúdico que recopiló en ellos todos los tipos de espectáculos, tales como las cacerías o exhibiciones de animales exóticos; ejecuciones diversas, desde luchas a muerte con atuendos de gladiadores, en los que todos eran condenados a muerte y por lo tanto no sobrevivían al juego, hecho que ha motivado la errónea concepción que se tiene de que los gladiadores morían todos en la arena, ya que a los verdaderos gladiadores se les cuidaba y trataba con grandes lujos (Juvenal, *Sat.* VII, 216-217) y recibían una costosa formación guerrera al ser ellos mismos elementos caros de mantener, y salvo aquellos que durante el combate habían presentado heridas graves que no podían ser tratadas, se le daba la honrosa muerte en la arena, calculándose que aproximadamente uno de cada diez gladiadores moría en la arena, como hemos comentado en el texto. Además de este tipo de ejecuciones, también se les prendía fuego tras representaciones burlescas, o simplemente se colgaban en palos anclados a la arena y se encendían hogueras con ellos, además de ser echados a los animales para ser devorados, que también es una imagen común que nos ha llegado a nosotros a través del cine principalmente, siendo el modo de ejecución que se estimaba para los cristianos reflejados en los martirilogios.

Las fuentes cristianas, como Tertuliano en su *De Spectaculis*, Cipriano de Cartago con su *Ad Donatum*, Lactancio en sus *Instituciones*, o Agustín de Hipona con su *De ciu Dei*, nos reflejan los motivos por los que los juegos debían de ser prohibidos, pues consideraban inmoral las representaciones teatrales, siendo el teatro seriamente criticado; indicaban que los circos provocaban descontrol en el público que caía envuelto en locura y vicios como las apuestas; señalaban que en los anfiteatros se producían numerosas ejecuciones en las que cuestionaban si debían ser condenados a muerte o no aquellos que profesaban la fe cristiana. Intentaron prohibir a los actores desempeñar su oficio e incluso acusar a los evergetas que ofrecían los espectáculos por lo que conllevaba. Pretendieron convertir al cristianismo a los actores de estos juegos, pero no abandonaron sus profesiones al contar con el beneplácito de los emperadores que mantuvieron los juegos hasta el siglo V como herramienta política (Arredondo, 2008: 268-277).

Debemos recordar que, en algunos anfiteatros, como venimos comentando, también se llegaron a realizar *naumachia* como las conocidas en el Coliseo, aunque no eran habituales pues se erigieron edificios acondicionados a ellas exclusivamente. No podían faltar los combates gladiatorios; representaciones escénicas y diversos tipos de danzas; carreras de carros y caballos; o decoraciones de las arenas en las que se realizaron verdaderas puestas en escenas, con recreaciones de bosques para las cacerías, escenarios que salían desde el foso bestiaro, o representaciones de momentos históricos que se llevaban a cabo (Juvenal, *Sat.* IV, 121-123), además de incorporarse la música en algunos espectáculos. Por tanto, el anfiteatro



era considerado un lugar donde el pueblo se concentraba, por lo que se dispuso de una ordenación jerárquica para evitar los disturbios. Entre los espectáculos, que transcurrían a lo largo de todo el día, se repartía comida, llegando hasta nosotros la célebre frase de “pan y circo” (SHA, *Vit. Probo*, XIX; Dion Casio, *Hist. Rom.*, LVI, 10). Así mismo, se tiene constancia de la participación de las mujeres en las luchas en los anfiteatros durante época neroniana (Blázquez, 2006: 23). De esta forma, los espectáculos contribuían a un movimiento de masas (Ceballos, 2007a: 442; Santos Yanguas, 2008: 183-184; Martín Escorza, 2008: 186), controlados políticamente por el emperador (Arredondo, 2008: 277), no faltando los rituales y cultos que se establecieron en ellos, contando con la presencia de altares y templos para determinados dioses relacionados con los espectáculos o con el tránsito de la vida a la muerte y su paso al más allá. En este sentido, encontramos el ejemplo más significativo en el anfiteatro de Itálica, con un templo ubicado en el sector principal oriental, dedicado a Némesis, *Caelestis* y Mitra.

El final de los espectáculos, principalmente de aquellos que eran considerados muy violentos, se constata con la ascensión al poder del cristianismo en el que se prohibieron luchas gladiatorias desde el siglo IV d.C. pues ya desde el siglo II pretendían realizar propaganda contra ellos por su excesiva violencia, inmoralidad, idolatría o lujuria. De esta forma, para el cristianismo, los deportes del imperio fueron considerados pecados porque se permitía la representación del diablo con su idolatría (Arredondo, 2008: 269). Sin embargo, siguieron realizándose ejecuciones y cacerías hasta el siglo V al menos, pudiendo ser el origen de los actuales espectáculos taurinos. También, debemos matizar que los combates gladiatorios perduraron en la ideología, pues hoy día se dan combates reglados, tanto de boxeo como herencia del pugilato, lucha libre descendiente del pancracio, o artes marciales como una mezcla de estas luchas que evolucionaron a lo largo del tiempo para convertirse en una herramienta militar. Para concluir, debemos señalar que el hecho que se destruyesen la mayor parte de los edificios lúdicos era por el aprovechamiento de sus materiales principalmente, pero en el plano religioso, se intentó mantener aquellos anfiteatros donde habían sido ejecutados algunos mártires cristianos, perviviendo algunos de ellos en los que se construían centros de cultos, como el anfiteatro de Tarragona por citar un ejemplo. No obstante, en otros edificios de esta índole no se constata ningún martirio y sin embargo no están destruidos completamente, como el de Itálica, hecho que no podemos aplicar una regla a ello y si marcar el expolio como factor de destrucción, así como la colmatación de tierras o reutilización del espacio como elemento de conservación, como el anfiteatro de Nimes.

8.- Bibliografía

- Albuérne Rodríguez, A. 2009. La Basílica de Majencio en Roma: construcción y estabilidad. En Huerta, S., Main, R., Soler, R. y Zaragoza, A. (eds.). *Actas del Sexto Congreso Nacional de Historia de la Construcción, 21-24 octubre 2009, Valencia*. Madrid, 21-34.
- Almagro, A. y Almagro-Gorbea, M. 1994. El anfiteatro de Segobriga. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 139-176.
- Álvarez Martínez, J. M. y Nogales Basarrate, T. 1994. Las pinturas del anfiteatro romano de Mérida. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 265-284.
- Arredondo López, P. 2008. Los deportes y espectáculos del Imperio Romano vistos por la literatura cristiana. *Foro de Educación*, 10, 265-280.
- Beltrán Fortes, J. y Atencia Páez, R. 1996. Nuevos aspectos del culto isíaco en la *Baetica*. *Spal*, 5, 171-196.
- Beltrán Fortes, J. y Rodríguez Hidalgo, J. M. 2004. *Italica: espacios de culto en el anfiteatro*. Sevilla.
- Bendala Galán, M. 1973. Tablas de juego en *Italica*. *Habis*, 4, 263-272.
- Blanco Freijeiro, A. 1950. Mosaicos romanos con escenas de circo y anfiteatro en el Museo Arqueológico Nacional. *AespA*, 23, 127-142.
- Blázquez Martínez, J. M. 2006. Introducción a los escenarios en la antigua Grecia. En Blázquez



- Martínez, J. M. (ed.): *Escenarios de España. Fomento de construcciones y contratos*. Madrid, 14-27.
- 2002. La popularidad de los espectáculos en la musivaria *hispana*. En Nogales, T. (ed.): *Ludi romani. Espectáculos en la Hispania Romana. Mérida 29 de julio-13 de octubre 2002*. Mérida, 65-78.
- 1994. Posibles precedentes prerromanos de los combates de gladiadores romanos en la Península Ibérica. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 31-44.
- 1987. Cacerías y juegos de toros en la Antigüedad. *Historia* 16, 139, 149-161.
- 1974. Circo y fieras en la Roma antigua. Pantomimas y naumaquias. *Jano*, 119, 91-97.
- 1962. «Venationes» y juegos de toros en la Antigüedad. *Zephyrus*, 13, 47-65.
- Cabrero Piquero, J. y Cordente Vaquero, F. 2011. Los oficios de la diversión en Roma. *Espacio, tiempo y forma. Serie II: Historia Antigua*, 24, 363-379.
- Ceballos Hornero, A. 2007a. Geografía y cronología de los *ludi* en la *Hispania romana*. *Caesaraugusta*, 78, 437-454.
- 2007b. El coste de los espectáculos gladiatorios en las ciudades del occidente romano. *AEspA*, 80, 107-118.
- Ceballos Hornero, A. y Ceballos Hornero, D. 2009. Competiciones de lucha en la *Hispania* antigua. *Pyrenae*, 40, 57-79.
- 2003. Los espectáculos del anfiteatro en *Hispania*. *Iberia*, 6, 57-70.
- Chisvert Jiménez, N. 1987. *Topónimos de Italica: urbanismo y arquitectura*. Sevilla.
- Dupré i Raventos, X. 1994. El anfiteatro de *Tarraco*. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 79-90.
- Fabié, A. M. 1892. El nuevo bronce de *Italica*. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 21, 385-397.
- Fernández Gómez, F. 1998. *Las Excavaciones de Italica y Don Demetrio de los Ríos a través de sus escritos*. Córdoba.
- Gali Lassaletta, A. 1892. *Historia de Italica. Municipio y Colonia Romana. S. Isidoro del Campo. Sepulcro de Guzmán el Bueno, Santiponce, Sevilla*. Sevilla.
- García-Gelabert, M. P. y Blázquez, J. M. 2005. Rituales funerarios de Campania. De los Samnitas y de los Iberos. *Paleohispanica*, 5, 393-406.
- García Naranjo, J. 1951. *El anfiteatro romano de Italica. Conferencia de divulgación arqueológica*. Sevilla.
- Garrido Moreno, J. 2005. El anfiteatro: una oscura imagen de la antigua Roma. *Berceo*, 149, 153-178.
- 2000. El elemento sagrado en los *Ludi* y su importancia en la romanización del occidente romano. *Iberia*, 3, 51-82.
- Garzón Blanco, J. A. 1981. Los emperadores y los juegos romanos en la *Historia Augusta*. *Baetica*, 4, 119-132.
- Gil Fernández, J. y Luzón Nogué, J. M. 1975. *Tabella defixionis de Italica*. *Habis*, 6, 117-134.
- Golvin, J. C. 1988. *L'Amphitheatre Romain*. París.
- Golvin, J. C. y Landes, C. 1990. *Amphitheatres & Gladiateurs*. Les Presses du CNRS.
- Gómez Pantoja, J. L. 2006. Entre Italia e *Hispania*: los gladiadores. En Sartori, A. y Valvo, A. (eds.): *Hiberia-Italia, Italia-Hiberia*. Milán, 167-180.
- González Acuña, D. 2011. *Forma Urbis Hispalensis. El urbanismo de la ciudad romana de Hispalis a través de los testimonios arqueológicos*. Sevilla.
- Gros, P. 1994. *L'amphithéâtre dans la ville. Politique "culturelle" et urbanisme aux deux premiers siècles de l'Empire*. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 13-30.
- Gros, P. y Torelli, M. 2007. *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*. Bari, Roma.
- Hernández Ramírez, J. 2006. Las pinturas murales del anfiteatro de *Augusta Emerita*. En Cabanillas Núñez, C. M. y Calero Carretero, J. A. (coords.): *Actas de las IV Jornadas*



- de *Humanidades Clásicas*. Mérida, Junta de Extremadura, Consejería de Cultura, 14-18.
- Hidalgo Prieto, R. 2008. Anfiteatros. En León-Castro Alonso, P. (coord.): *Arte romano de la Bética. Arquitectura y Urbanismo*. Sevilla, 223-232.
- Huerta, S. 2005. Mecánica de las bóvedas de fábrica: el enfoque del equilibrio. *Informes de la construcción*, 57, 73-89.
- 2004. *Arcos, bóvedas y cúpulas. Geometría y equilibrio en el cálculo tradicional de estructuras de fábrica*. Madrid.
- Jiménez Sánchez, J. A. 2009-2010. La desaparición de los espectáculos de gladiadores en Hispania. *Hispania Antiqua*, 33-34, 273-294.
- 2003. El emperador Juliano y su relación con los juegos romanos. *Polis*, 15, 105-127.
- Keay, S. J. y Rodríguez Hidalgo, J. M. 2010. Topografía y evolución urbana. En Caballos Rufino, A. (ed.): *Ciudades romanas de Hispania 7 Itálica-Santiponce. Municipium y Colonia Aelia Augusta Italicensium*. Roma, 43-55.
- López Monteagudo, G. 1991. Escenas de *venatio* en mosaicos hispanorromanos. *Gerión*, 9, 245-262.
- Lugli, G. 1962. *L'amphitheatre Flavie*. Roma.
- Maiuri, A. 1955. *Studi e ricerche sull'Anfiteatro Flavio Puteolano*. Academia di archeologia lettere e belle arti di Napoli. Memorie III. Nápoles.
- Martín Escorza, C. 2008. Dimensiones y orientaciones de anfiteatros y Circos romanos en el Imperio romano. *Kalakorikos*, 13, 185-193.
- Mendoza Álvarez, J. D. 2017. *Análisis historiográfico del anfiteatro de Itálica*. Tesis Doctoral. Carolina del Norte, EEUU.
- Naselli Macera, D. 2010. Carpóforo. Un *bestiarius* para el anfiteatro. *Huellas de la Historia*, 8, 1-16.
- Olovarría Choin, R. 2004. Arqueología de las religiones mistericas paganas en la Bética. *@rqueología y Territorio*, 1, 155-165.
- Pasqualini, M., Thernot, R. y García, H. 2010. *L'amphitheatre de Frejus: archeology et architecture relecture d'un monument*. Burdeos.
- Pereira Menaut, G. 2005. ¿Qué es un *Munus*?. *Mainake*, 27, 395-431.
- Pérez Ballester, J., San Martín Moro, P. A. y Berrocal Caparrós, C. 1994. El anfiteatro romano de Cartagena (1967-1992). En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 91-118.
- Pina Polo, F. 2007. Los espectáculos agonísticos en el occidente del Imperio romano. *Salduie*, 7, 143-156.
- Pizzo, A. 2010. El *opus testaceum* en la arquitectura pública de *Augusta Emerita*. *AEspA*, 83, 147-174.
- Plácido Suárez, D. 2002-2003. Leyes municipales y símbolos del poder: los fundamentos sociales de la dinastía flavia. *Memorias de Historia Antigua*, 23-24, 9-20.
- Rodá, I. 1997. Los mármoles de *Itálica*. Su comercio y origen. En Caballos Rufino, A. y León-Castro Alonso, P. (eds.): *Itálica MMCC. Actas de las jornadas del 2200 Aniversario de la Fundación de Itálica (Sevilla, 8-11 noviembre 1994)*. Sevilla, 155-182.
- Rodríguez Gutiérrez, O. 2010. Edificios de espectáculo. En Caballos Rufino, A. (ed.): *Ciudades romanas de Hispania 7 Itálica-Santiponce. Municipium y Colonia Aelia Augusta Italicensium*. Roma, 67-80.
- Rogerio Candellera, M. A. y Criado Martín, A. J. 2010. Las losas grabadas de la Cañada Honda de *Itálica*. Una revisión a la luz de la utilización de técnicas de análisis digital de imágenes. *Spal*, 19, 203-213.
- Roldán Gómez, L. 1994. El anfiteatro de *Itálica*. Técnicas y materiales de construcción. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 213-238.
- 1993. *Técnicas constructivas romanas en Itálica (Santiponce, Sevilla)*. Madrid.
- 1990. Nuevas aportaciones sobre técnicas constructivas italicenses. *Verdolay*, 2, 243-247.
- 1987. Aproximación metodológica al estudio de la técnica edilicia romana en *Hispania*, en particular el *Opus Testaceum*. *Lucentum*, 6, 101-122.



- Sánchez Real, J. 1997. El método en la arqueología *tarraconense*. IV. El anfiteatro. El templo cristiano (la Basílica). *Quaderns d'Història Tarraconense*, 15, 8-51.
- Santos Yanguas, N. 2008. La nueva gladiatura cristiana en el marco de la gladiatura romana. *Hispania Antiqua*, 32, 183-212.
- Teja, R. 1994. Los juegos de anfiteatro y el cristianismo. En Álvarez Martínez, J. M. y Enríquez Navascués, J. J. (coords.). *Bimilenario del anfiteatro Romano de Mérida. Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida, 26-28 de noviembre de 1992*. Mérida, Junta de Extremadura, 69-78.
- Wilson Jones, M. 1993. *Designin Amphitheatres. Römische Mitteilungen*, 100, 391-441.

